



San Agustín de Hipona en su estudio, c. 1481 por Sandro Botticelli / SuperStock.

Abandonándonos en sus Manos

CARTA PASTORAL DEL OBISPO FELIPE DE JESÚS ESTÉVEZ

A pesar de que vivió hace dieciséis siglos, nuestro santo patrón, San Agustín de Hipona, fue de los primeros escritores en utilizar dos géneros modernos de literatura. En sus Confesiones, él escribió realmente la primera autobiografía moderna. Mucho más que hacer una confesión honesta de sus pecados, el libro trata de como la gracia de Dios cambió su vida del vicio a la virtud.

La *Ciudad de Dios*, es una historia moderna que no intenta enfocarse en un héroe, una batalla, o un desastre, sino en algo mucho mayor. Él mira a su época y trata de encontrar un enlace con todo el resto de la historia. Agustín vio en todo lugar y en cada instante el cuidado amoroso de Dios, y como él le dice en sus *Confesiones*, estás “más cerca de mí, que yo mismo”.

Este año, mientras nos preparamos para celebrar el 450mo. Aniversario de la fundación de la ciudad y de la comunidad de fe de San Agustín, en mi carta pastoral a ustedes, yo quisiera referirme al ejemplo de nuestro santo patrón y mirar más allá de los individuos, las fechas y los eventos, de los “primeros” y “grandes” acontecimientos, y en su lugar preguntar: “¿Dónde estaba Dios en todo este caminar?”

Como Agustín, nosotros encontramos a Dios en todo lugar, no solamente en momentos especiales. Cada uno de nosotros descubre, cuando mira hacia atrás en nuestras vidas, que el Señor ha estado presente en cada momento de nuestra existencia también. ¡Y aún mucho más! Él tiene un gran plan para nosotros, un plan en el que Su gracia nos guía, ¡aún a pesar nuestro! (Ef. 1, 3-14).

El Señor Jesús mismo explicó su plan a sus discípulos según ellos caminaban en el dolor de la experiencia del Calvario, por el Camino de Emaús (Lc 24, 13-28). Y Pablo, el gran evangelizador, años después de su proceso de conversión, le explica a los Gálatas “ahora finalmente veo” el plan de Dios para mí, aun cuando al principio perseguía a los “Cristianos” (Gal 1, 11-18).

Al reflexionar en los días, años e inclusive siglos en que la gracia de Dios ha sido parte de la historia del pueblo de Dios en la Florida, el “hilo de gracia” que para mí le da unidad a esta historia es este extraordinario reto que San Ignacio de Loyola, en su carta a Ascanio Colonna, escrita en Roma el 25 de abril de 1543 – 22 años antes de celebrarse la primera Misa en nuestras playas: “*Hay muy pocos hombres que se dan cuenta lo que Dios podría hacer de ellos si se abandonaran a sí mismos en sus manos y se dejaran ser formados por Su Gracia.*”

Tal como el Buen Sembrador, (Mt 13, 1-8), quién sembró su semilla casi en total descuido, el Señor ha estado derramando su gracia generosamente en osados peregrinos, valientes misioneros, religiosas y sacerdotes que dejaron familia y hogar y que han servido a generaciones de Católicos, a quienes han educado y hasta luchado por aquellos de las periferias, a madres y padres, hermanos y hermanas, abuelos, que según palabras de San Ignacio, “se abandonaron enteramente en sus manos y se dejaron ser formados por Su Gracia”.

Los primeros actores en el gran drama de la gracia del Señor en La Florida – Don Pedro Menéndez de Avilés, Padre Francisco López de Mendoza Grajales, y los primeros habitantes europeos de San Agustín – salieron de España en 1565 con tan variadas intenciones y planes como tantos eran esos colonizadores. Algunos venían buscando fortuna. Algunos vinieron escapando de las estructuras familiares. Muchos también vinieron por la gloria de la Corona Española en el Nuevo Mundo.

Asimismo, “las motivaciones de fe” eran igualmente variadas. Algunos vinieron para compartir la luz del Evangelio con el nuevo pueblo de la misteriosa península. Otros, envueltos como muchos más, en los distintos aspectos de las disputas teológicas y geopolíticas de la Reforma, usaron la religión como una excusa para reclamar la hegemonía sobre la Florida de una corona sobre otra – todo ello usando muy frecuentemente una excesiva violencia. Y otros, por supuesto, dejaron su tierra y vinieron a La Florida simplemente trayendo con ellos su fe Católica como algo esencial de su vida diaria, como si fuera un sustento para el comer o el vestir.

“Hay muy pocos hombres que se dan cuenta lo que Dios podría hacer de ellos si se abandonaran a sí mismos en sus manos y se dejaran ser formados por Su Gracia.”

a estatua de bronce de 11 pies del padre Francisco López de Mendoza Grajales, capellán de la flota de Pedro Menéndez, celebró una Misa de Acción de Gracias el 8 de septiembre de 1565. Se encuentra cerca de la Gran Cruz de 208 pies de acero inoxidable, la cual que se erige como un centinela sobre la Misión Nombre de Dios - un faro de fe para todos los que pasen.



GENE HASTING



el mensaje del obispo | carta pastoral

Un mapa español de 1593, la primera demarcación de la Misión Nombre de Dios en San Agustín - la "Villa India Nombre de Dios."



CORTESÍA DE LOS ARQUIVOS DE LA DIÓCESIS DE SAN AGUSTÍN



ESPECIAL

Venerable Padre Felix Varela

“Las motivaciones de fe” de Dios no son tan confusas como la de los hombres y mujeres. Vista con la perspectiva de menos de medio milenio, las motivaciones de fe de Dios – Su confianza en la bondad básica de estos primeros creyentes – produjeron frutos mayores que los mejores intencionados misioneros habrían imaginado. Una iglesia local en San Agustín que crecería y resistiría la persecución; Iglesias misioneras hacia el norte a lo largo de la costa de Carolina y hacia el oeste más allá de Tallahassee; religiosos Jesuitas y Franciscanos y laicos mártires que dieron su vida

por la fe en Virginia, la costa de Georgia y Florida; y la carencia de una vida tranquila entre colonos y nativos (Rom 11, 33-34).

Para sus familias y amistades en España, su salida para esta otra península pudo muy bien ser vista como un abandono temerario. Hoy podríamos decir que estaban correctos en lo del abandono, ¿pero temerario? No, en realidad ellos “se abandonaron enteramente en sus manos y se dejaron ser formados por Su Gracia” o al menos, no fueron un obstáculo al plan de Dios.

Este es el “hilo” que conecta esta historia. No son los variados y ambiciosos planes de los mortales, pero la asombrosa gracia de Dios y de toda aquella gente buena que dejó a Dios actuar a través de ellos para un propósito bueno. Es el hilo que une a una miríada de “primeros”, de nuestra rica historia y muchas veces completamente desconocida para nosotros, tal como es el caso del primer obispo designado para Florida para la Diócesis de “Terra Florida” en el 1527, según se le conocía entonces: el

Obispo Franciscano Fray Juan Suárez, quien desafortunadamente no pudo tomar posesión de la “primera” Diócesis en Florida al morir en las cercanías del río Mississippi. También era conocido como uno de “los doce Apóstoles de México”. Otro importante “primer acontecimiento” fue la visita del Obispo Dominicano Fr. Juan de las Cabezas Altamirano, quien en 1606 celebró las primeras confirmaciones en nuestra nación. Hubo 2.482 confirmados con un meticuloso cuidado. Yo me siento orgulloso también de decir que el “primer” obispo de servir en Florida fue también el primer obispo Cubano ordenado, Dionisio Recino Ormachea, quien vino a residir en San Agustín en 1705 (*Grandes Figuras y Sucesos de la Orden Franciscana en Cuba* por Larrua Guedes, 2006).

Pensemos en la pequeña embarcación de las Hermanas Francesas de San José, allá en el año 1866, apenas salidas de su familiar convento en Le Puy, vestidas en sus pesados hábitos negros y desembarcando en un caluroso día en Picolata, Florida. En su más atrevida imaginación pensaban que estaban haciendo “algo pequeño para Dios”, creando una escuela para los negros, ayudando a los sacerdotes locales, y enseñando el Catecismo. Ellas no podían haber previsto los frutos de esas primeras labores.

Estas buenas religiosas junto con las Hermanas Irlandesas de la comunidad de la Misericordia que le dieron la bienvenida – y cientos de otras que siguieron sus pasos – descubrieron que el plan de Dios era “capaz de lograr mucho más de lo que nosotros pedimos o pensamos” (Ef. 3:20).

La mano de la Providencia de Dios hizo que un niño huérfano, Félix Varela fuera educado por un párroco irlandés de la Catedral. Varela fue sacerdote, un filósofo y un famoso escritor – el Apóstol de los inmigrantes Irlandeses en Nueva York en los 1830s. El Servicio Postal de los Estados Unidos lo honró con un sello postal y la Santa Sede lo reconoció como Venerable, el primer paso hacia la canonización. Que gran honor para nuestra Catedral haber sido bendecida con la presencia de este gran siervo de los pobres y de la verdad.

Pero no podemos dejar de mencionar al Padre Agustín Verot (obispo desde 1870), quien como las Hermanas de San José de Le Puy, vino a América con objetivos modestos – ayudar en la formación de sacerdotes como miembro de los Padres Sulpicianos– y quien fue ordenado como obispo para la Diócesis de Savannah, Georgia.

En 1857, el obispo Verot fue nombrado Vicario Apostólico de Florida antes de que fuéramos una diócesis – solamente había tres sacerdotes en todo el territorio.

Las cosas eran casi tan desoladoras en 1870 cuando San Agustín fue finalmente nombrada una diócesis en vez de Terra Florida, como iba a ser llamada 48 años antes de la fundación de San Agustín. El Obispo Verot trabajó afanosamente para reclutar sacerdotes y establecer parroquias. Pantano o no pantano, esto era lo que se le había confiado a Agustín Verot y por seis años hasta su muerte trabajó incansablemente por el progreso de los negros y la creación de misiones en un territorio inmenso.

Hoy en día, la Diócesis de San Agustín sirve más de 172 mil fieles Católicos en 61 parroquias y misiones a través de 17 condados desde la Primera Costa hasta el Golfo de México. En solo 20 años, nuestra diócesis casi ha duplicado su tamaño.

Nuestro Señor sigue tejiendo con el mismo hilo – el de su gran amor, su gracia, su poder asombroso -a través de nosotros y a veces a pesar de nosotros- aún en nuestros propios días. Cuando miro alrededor y veo este nuevo fenómeno – la muy robusta presencia de la Iglesia Católica en la vida de los ciudadanos de Florida de hoy, yo pienso en el generoso apoyo, el fiel abandono en las manos de Dios de aquellos que construyeron esta iglesia en el siglo XX, como la Diócesis Madre se desarrolló en siete diócesis con más de dos millones de fieles activos.

Pienso en particular en las docenas –no, cientos—de misioneros de Irlanda y España que dejaron sus familias y sus hogares para establecer su hogar entre nosotros, como la población de nuestro estado aumentó de 2.7 millones en 1950 a 19.5 millones en 2013. Pienso en el famoso Padre Patrick J. Bresnahan, quien desde 1904 hasta los primeros años de los 1930s trabajó infatigablemente como el primer (y último) sacerdote diocesano que fuera oficialmente designado como “Misionero Diocesano”. Padre Bresnahan viajó las carreteras y mayormente los caminos rurales de la Florida predicando el Evangelio literalmente a todo a quien le escuchaba. Como él dice al final de sus memorias: “La necesidad misionera de predicar en nuestra tierra es muy evidente. . .” ¡Y él predicó! Él y muchos otros valientes hombres y mujeres construyeron iglesias y escuelas en medio de la nada, establecieron servicios sociales dondequiera que hubiera necesidad – ellos construyeron la iglesia actual de Florida. Nuestros jóvenes no olvidarán sus nombres, nuestra gratitud es real.

La mayor parte de ellos vinieron porque fueron invitados -urgentemente- a “ayudar en lo que pueda” por nuestro entonces Arzobispo Joseph P. Hurley (1940-1967). La mayor parte de ellos han partido ya a la casa del Padre, pero algunos aún están sirviendo hoy en día en nuestras parroquias, y ellos podrían decirnos como es ese “hilo de fe”. Una vez que ellos aprendieron a reconocer el llamado de Dios, Él los formó a ellos y a su vida ministerial más allá de sus sueños.

Uno de esos héroes anónimos de los 1950s y 1960s fue un sacerdote de Miami llamado Bryan Walsh. Como muchos otros sacerdotes de ese tiempo, Mons. Walsh tenía muchas tareas, asistiendo en una parroquia, enseñando en nuestras escuelas, mientras que dirigía las Caridades Católicas para la Arquidiócesis de Miami, que también cubría los condados de las presentes Diócesis de Palm Beach y Venice.

En Diciembre de 1960, Mons. Walsh recibió una llamada de su obispo: algunos padres en Cuba, estaban preocupados por el cierre de los Colegios Católicos por el nuevo régimen político, estaban simplemente poniendo a sus hijos en aviones hacia a los Estados Unidos esperando que familias generosas se hicieran cargo de ellos “por un tiempo”.

El número de niños que vinieron en estos vuelos en una operación secreta de los Estados Unidos resultó en más de 14 mil niños en un período de dos años, incluyéndome a mí a la edad de 15 años. Lo que se suponía sería por un tiempo muy corto terminó en uno muy largo y duradero, que aún



Arzobispo Joseph P. Hurley

CORTESÍA DE LOS ARCHIVOS DE LA DIÓCESIS DE SAN AGUSTÍN



CORTESÍA DE LOS ARCHIVOS DE LA DIÓCESIS DE SAN AGUSTÍN

Una generación de sacerdotes misioneros, desde izquierda, Padre P.J. Bresnahan, Obispo William Kenny, Padre Henri Clavreul y Padre James Veale, c. 1910.



el mensaje del obispo | carta pastoral

espera por una Cuba democrática. Los medios noticiosos llamaron a este programa de bienvenida y acomodo de los niños cubanos como Operación 'Peter Pan' (por el joven del cuento que podía volar). Este milagro de bienvenida –de estilo bíblico y proporciones bíblicas—fue primordialmente el trabajo de este sacerdote, Mons. Bryan Walsh, que simplemente tomó una llamada un día del Obispo Coleman Carroll. Él era un apasionado en darles la bienvenida a los inmigrantes que venían buscando un futuro de esperanza.

Hoy hay otros “niños” cruzando nuestras fronteras; Yo confío que esta generación sea tan audaz y emprendedora como generaciones anteriores y permanezcan abiertas a proveer de un cuidado amoroso a los extranjeros quienes en realidad son nuestros hermanos y hermanas.

Preguntado a menudo de como él pudo realizar esta tarea monumental, Mons. Walsh siempre daba

la misma respuesta: “No fue mi obra. Miles de almas generosas hicieron el trabajo pesado. Y al final, no era tampoco sus esfuerzos, era más bien toda la maravillosa gracia del Señor.”

San Ignacio estaba correcto. “Hay muy pocos hombres que se dan cuenta lo que Dios podría hacer de ellos si se abandonaran a sí mismos en sus manos y se dejaron ser formados por Su Gracia.”

En nuestro tiempo, Dios está haciendo un nuevo tipo de historia. Los heroicos irlandeses y españoles han sido reemplazados por polacos, indios, latinos, africanos y haitianos, y –alabado sea Dios—gran número de nuestros propios jóvenes están respondiendo a la llamada de Dios a servir a la Iglesia como sacerdotes y religiosas. Las necesidades son diferentes en 2014 a cómo eran en 1565 – tenemos un excelente Sistema de escuelas y parroquias Católicas, servimos a los trabajadores

agrícolas migrantes, a los pobres de nuestras comunidades, familias desgarradas por los retos de la vida diaria, brillantes estudiantes universitarios deseosos de servir. Tenemos a los incapacitados, a aquellos al final de sus vidas, y miles más (Mt 9, 35-38).

Estamos todos dedicados a la misma misión: *evangelizar*, compartir con nuestras acciones la Buena Nueva de Jesucristo, a aquellos que nunca la han escuchado, a aquellos que la han olvidado, y aún a aquellos que puedan ser hostiles a ella. Ciertamente es un reto que asusta. A todos yo les ruego: “Ven, vive en la Luz.” ¿Por qué tener miedo de Dios, cuando Dios en realidad es amor y Dios nos ama a nosotros primero? (1 Jn 4, 7-12).

Pero esta Nueva Evangelización no es nuestra tarea, ella es la obra de Dios desde el tiempo de Pedro y Pablo hasta hoy, es imparable porque está animada por el Espíritu Santo de Pentecostés. Viendo a la histórica imagen de Nuestra Señora de La Leche mirando amorosamente a su Hijo, uno no puede menos que escucharle a ella decirnos: “Hagan lo que Él les diga, abandónense totalmente en sus manos y permítanse ser formados por Su Gracia.” Él puede hacer grandes cosas en sus vidas... porque el Señor es el maestro de lo imposible.

Una gran bendición fue dada a San Agustín pocas décadas después de su fundación –Nuestra Señora de La Leche y del Buen Parto. Poco después, los primeros cristianos nativos americanos crecieron muy unidos a la imagen de la Madre del Señor, en su expresión más tierna de la Madre alimentando al niño Jesús, el Divino Niño.

La presencia de María bajo este título es un eco del tiempo de Navidad en una forma permanente, tal como es en Tierra Santa donde es conocida como Nuestra Señora de Belén. El tema de la Epifanía se renueva cada vez que los fieles vienen al pequeño santuario a adorar al Niño en manos de Su Madre.

Miles de padres han venido a orar al Santuario de Nuestra Señora de La Leche pidiendo el don de la fertilidad y miles gozosos regresan a dar gracias según sus plegarias han sido escuchadas. Nosotros nos sentimos honrados de que Nuestra Señora de La Leche es la primera devoción mariana en nuestro país. El histórico santuario está llamado a ser uno de los destinos más prominentes de peregrinación en Norte América. Es aquí donde el Evangelio de la Vida es proclamado para que irradie a todos.

+ Felipe de Jesús Estévez
Obispo de San Agustín
8 de septiembre de 2014

Mons. Bryan Walsh visita a jóvenes cubanos quienes llegaron a los Estados Unidos como parte de la Operación Pedro Pan en 1960s.



CORTESÍA DE LA ARQUIDIOCESIS DE MIAMI



SCOTT SMITH

Estatua de Nuestra Señora de la Leche en St. Augustine, Fl.